

«La Gioconda está triste», una parábola de nuestro tiempo

José María Baget-Herms

Un análisis mínimo de "La Gioconda está triste" debe partir de un hecho concreto: se trata de una superproducción realizada en función de su exhibición en un festival internacional de TV, en este caso el de Montecarlo, y que no habría sido posible sin esta circunstancia, ya que su coste supera los 13 millones de pesetas.

Este factor ha incidido posiblemente en algunos aspectos del guión y de la realización de Antonio Mercero a partir de una idea original de José L. Garcá.

Una idea un film

En realidad, "La Gioconda está triste" es una idea. Una espléndida y original idea: del retrato de La Gioconda que se guarda en el Louvre, desaparece su ambigua sonrisa —uno de los símbolos de la cultura occidental de todos los tiempos— y en su lugar aparece un fruncimiento de labios que le da una expresión de infinita tristeza.

El tratamiento que da Mercero a esta parábola es el de un reportaje televisivo: hay entrevistas en la calle, encuestas, conexiones con la ONU, etc., que conforman básicamente el material de la obra filmica en la que no hay protagonistas indivi-



duales y sí la colectividad humana en general.

Esta tendencia a la universalización, a los valores "absolutos", etc., es siempre peligrosa, ya que suele caer en trascendentalismos más o menos moralizantes.

De ellos no está exenta la película en la que hay más de una redundancia, es decir, secuencias en las que se *explica* con palabras lo que está ocurriendo y qué tenemos ante los ojos; hay en este sentido una excesiva preocupación por subrayar el *mensaje*.

Destrucción de la Humanidad

La tristeza de La Gioconda viene dada por el peligro

de la contaminación atmosférica, el armamento atómico, etc., que conducirán a la destrucción final de la Humanidad.

Al espectador no se le da opción: el *mensaje* es éste y, en cierta forma, excluye a los demás. Ciertamente es que la contaminación y el armamento son cabezas visibles de una lucha ideológica pero pensamos que esta insistencia en un *mensaje* unívoco disminuye la validez de la idea y le resta la enriquecedora ambigüedad de un final abierto.

El final, de una gran fuerza dramática, es un cataclismo de proporciones universales que parece borrar todo vestigio de vida.

"La Gioconda está triste" aparece así como un film, y sus autores —Mercero y Garcá— la llevan hasta sus últimas consecuencias.

Una excelente dirección

"La Gioconda está triste" se apoya, por tanto, en un sólido guión y en un desenlace bien estudiado; de ahí que la dirección del film se halle también en función de esas circunstancias.

Mercero, director sensible y hábil a la vez, conduce la acción por medio de bien enlazadas secuencias que nos acercan progresivamente a la "explosión" final: hay una interesante mezcla de géneros (reportaje, ficción, etcétera) y una cuidadísima escenografía y ambientación del museo y de otros interiores. Una planificación eficaz y sin alardes, desprovista en general de énfasis y retórica, sirve perfectamente a los fines de la película.

Universalizar la tristeza de la sociedad actual en torno al peligro de la contaminación resulta tal vez excesivo. De una forma u otra, "La Gioconda está triste" significa la recuperación de un gran director de TV, como Antonio Mercero, y la continuación de un discurso iniciado en "La cabina", que pareció quedar interrumpido después del semifraco de "Los pajaritos".